

¿POR QUÉ LEER?

El escaparate del deseo

Victor Aldea*



Victor Aldea*

Un ojo de cristal me susurra imágenes veladas por el tiempo de un recuerdo, sus palabras me observan sin silencio, instantáneas que penden de las esquinas de páginas y páginas encaramadas a lomos de los libros en ese escaparate del deseo en el que las letras han ido imprimiendo las medias verdades de mi tiempo. Mentiras a medias, pues los recuerdos se antojan verdades a oscuras, un espejo de lo que gusta-

ría no olvidar, evocado con más imaginación que certeza.

Las verdades de los libros lo cuentan casi todo: lo indecible y lo confeso, lo lícito y lo secreto, lo imaginado y lo vivido, lo soñado y lo convenido por las circunstancias. Y en cada una de esas eventualidades una vida cobra el sentido que cada cual aspira a imponerle: cada libro es un momento, un pequeño instante detenido bajo el auspicio de reflexiones intuitivas que respiran con los cambios de fortuna, el sentir, la evolución de unos personajes sostenidos en unas historias contadas de antiguo y recuperadas según las variaciones de los fantasmas de sus nuevos autores. Y en esa confluencia de caracteres se halla la razón de lo que uno es: la conciencia de una raza creada en negro sobre blanco.

Libros de espuma, imágenes que se expresan con la musicalidad de su paleta de colores, volúmenes troquelados, cuadernos de primeras palabras, adaptaciones de historias vertidas por bardos mal informados, novelas de aventuras, lecturas obligadas por muchos que no consienten en aprender a leer, poemas enrojecidos, primeras historias eróticas, juegos de palabras, textos sin reflexiones, ensayos sin comprobar, novelas escapistas, cánones literariamente analfabetos, últimos exilios y fracasos tempraneros, diarios y dietarios apócrifos, biografías mentidas y auténticas ficciones verdaderas. Y al término de todo un nuevo inicio en la penumbra del tiempo imaginado, comprendido y recordado en las palabras releídas, que hay quien defiende que son las únicas que en el fondo cuentan, los clásicos que cada cual aprende a querer y a desear para transformarlos en una posesión intransferible, pasajera para el resto, que hará lo propio con decisiones ajenas.

Los libros extienden una invitación al sentido demócrata de una existencia lenta, monótona, entrada en años o falta de experiencias. Sus cimientos, el perfecto antídoto contra uno mismo en tiempos de duermevela, las paredes de sus estancias, un grito al arrobo de buenos momentos con el mismo de antes y con tantos otros. Un edificio de muchas plantas poblados de pisos con gentes y episodios que descifran el desorden de todas las vidas entre sus páginas.

Mas, cuidado. Cabe guardarse de la reserva de cuanto ocurre en su interior, porque los libros son delatores, indiscretos por su naturaleza imprudente, pues revelan todos aquellos secretos que su lector reconoce que esconde, pero que decide no descubrir por pudor, por piedad, por orgullo u obligación con quienes le rodean. Y cuán agradecidos se declaran sus cómplices: amistad eterna y respeto prometidos a la luz de la luna.

Pero la luna es un espejo, cuyo otro lado no es más que el reflejo de una imagen al descubierto, sin los matices de la corrección y la lisonja que destierran el espíritu literario de cuanto uno necesita escuchar porque desea saber que no está solo, que su grito de ayuda o de agradecimiento va a ser oído, que la risa, el llanto, un jadeo, la sorpresa, la furia o un desengaño despertarán en quien observa desde la calle la sensación de un gran secreto descubierto a voces: la potestad sin ninguna protesta de leer cuanto se quiera y en las circunstancias que se antoje oportunas.

Y así cruzo la calle, alentado por el susurro de aquel ojo de cristal del principio. Y me detengo ante el escaparate del deseo y veo tras el cristal fragmentos detenidos de mi historia y sonrío con la maldad de un resabio a recuerdo, pues admito que los libros expuestos olean mi vida, la mentida, la olvidada, la temida, aquella que tanto hubiera deseado vivir.

Y al fijarme en mí mismo mecido en ese balcón literario me asalta la misma duda de siempre: ¿quién se refleja en quién, al caer una noche de otoño, de pie delante del escaparate del deseo?

* Victor Aldea es escritor, profesor y traductor.



BETI RICART.